

Artículos

Artículos	Página
Un Llamamiento al Compromiso	1
Israel: Un Príncipe con Dios	2
Reunión-Hacia-Juntos	5
Ancianos, Supervisores, Pastores	6
Efesios 4:8-24 Comentario	7
Tergiversando a Cristo	10

Un Llamamiento al Compromiso

B. D. Goatley

El propósito de este artículo es centrar nuestra atención en las impactantes palabras de Mateo 21:28: "Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña", para que su impacto se sienta en nuestros corazones.

Aunque pronunciadas en forma de parábola por el Señor Jesús, cuando se comparan con otros pasajes, estas palabras tienen un mensaje claro para nosotros. Veámoslas una por una.

"Hijo": en Éxodo 4:22-23, el Señor afirma: "Israel es mi hijo, mi primogénito. Deja ir a mi hijo, para que me sirva". Aquí se observan tres características importantes: (a) posesión: mi hijo, (b) privilegio: mi primogénito, y (c) propósito: servirme. En cuanto al primogénito en Israel, hay tres grandes verdades relacionadas con él: (a) redención, (b) santificación y (c) sacerdocio. En el Nuevo Testamento, dos palabras traducidas como "hijo" presentan una gran riqueza de verdad que pertenece al creyente de hoy. Una (Jn. 1:12) indica la relación eterna con Dios por medio del nuevo nacimiento; la otra (Efesios 1:5) transmite el concepto de posición ante el Padre, capaz de compartir Sus propósitos y planes. Que nuestros corazones se emocionen tanto con la riqueza de verdad que transmite esta palabra "hijo", que nos levantemos con alegría para responder a Dios por Sus ricos propósitos en gracia hacia nosotros en Cristo Jesús.

"Id": inmediatamente pensamos en las palabras de Mateo 28:19-20. Vinculadas a esta pequeña palabra están las palabras "haced discípulos", "bautizad", "enseñad". La autoridad para ir está conferida al Señor resucitado, y la seguridad de la presencia divina cada día con aquellos que se aventuran en la promesa infunde la fuerza necesaria. Surge la pregunta pertinente: "¿Quién irá?". ¿Quién dejará el lujo, la comodidad y la seguridad de su patria y sus amigos? ¿Quién se liberará de la carrera por las riquezas, negándose a ceder a las presiones o a aceptar las

filosofías de una sociedad materialista? ¿Quién, conmovido por la perdición del mundo en el que vivimos y constreñido por el amor del Salvador compasivo, tenderá la mano a los que perecen? Hay una urgencia en esta palabra "id". Que el Espíritu Santo grave esto en todos nuestros corazones, sacándonos de la complacencia y la indiferencia. De nuestro digno Señor y Maestro se registra: "Es necesario que pase por Samaria" (Juan 4:4).

"Trabajar" significa "ocuparse activamente en la fatiga o el esfuerzo". Qué gran honor es dedicarse así a Su Nombre. Su honor. Sus propósitos, pero ello implica fatiga, esfuerzo, entrega de uno mismo. ¿Quién trabajará en oración por los obreros cristianos, sus familias, su ámbito de servicio? ¿Quién trabajará sin reconocimiento en rincones remotos con un solo objetivo: la gloria de Dios y el bien del hombre? ¿Quién trabajará pacientemente en la Palabra y la doctrina, para que Cristo sea formado en los nuevos creyentes y los más antiguos sean guiados a un mayor desarrollo espiritual? No hay glamour en esta obra, ni estadísticas que reportar, pero es de vital importancia si se quiere consolidar una obra para Dios capaz de propagarse por sí misma. El Señor Jesús dijo: "Debo trabajar mientras es de día, porque la noche viene, cuando nadie puede trabajar" (Juan 9:4). También afirmó claramente en Juan 12:25: "El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la conservará para vida eterna". La vida egoísta es una vida estéril. Solo cuando hay muerte al yo y abandono a Cristo se puede hacer la verdadera obra para Dios. Este principio de "vida fuera de la muerte" nunca se manifestó más plenamente que en la vida de nuestro Señor Jesucristo,

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

y está indeleblemente grabado en las vidas de todos los que le siguen en el servicio.

"Hoy": estas palabras nos hacen comprender la realidad del tiempo. Ayer se ha ido a la eternidad, se ha ido para siempre. El mañana nunca llega. Cuántas veces advertimos con urgencia al predicar el Evangelio que AHORA es el tiempo aceptado, que HOY, si oís su voz, que la procrastinación es el ladrón del tiempo, pero para nosotros, como cristianos, el gran riesgo es que desperdiciemos las preciosas horas, días, semanas, meses y años como si estuviéramos insensibles a las realidades eternas. Oh, que Dios nos despierte a la naturaleza fugaz del tiempo. Solo se nos permite un viaje a través de esta vida, y si no vivimos para Dios, si no invertimos en la eternidad, si no nos acercamos a los demás, entonces NO habrá oportunidad de rectificar el trágico error. Oremos con Moisés, el hombre de Dios: "Enséñanos a contar nuestros días, para que nuestro corazón alcance sabiduría" (Salmo 90:12).

"En mi viña": esta es el área de interés y propósito divinos. Hechos 15:14-18 presenta en pocas palabras el plan de Dios para esta era, es decir, "sacar de entre las naciones un pueblo para Su Nombre". El llamado de la Iglesia es el propósito supremo de Dios en la actualidad. En maravillosa gracia se nos permite participar en ello, pero no olvidemos nunca que la Palabra es Suya, el Poder es Suyo, los Siervos son Suyos, y cuando se complete, la Gloria será Suya para siempre. Verdaderamente, la viña es Suya y no nuestra. En todas las cosas Él debe tener la preeminencia.

Estamos en el umbral de la venida del Señor, según la voluntad del Señor. ¿Qué significará esto para nosotros? Evaluemos de nuevo nuestras vidas con la oración de que sean redirigidas para encontrar de nuevo su verdadero centro, que es Cristo, y su verdadero propósito, que es vivir para Él (Filipenses 1:20-21). Que esta breve meditación tenga un impacto en nuestros corazones y vidas, estimulando el celo y el fervor, haciéndonos redimir el tiempo, para que sirvamos en nuestra generación por la voluntad de Dios antes de dormirmos en Jesús.

Israel

Un Príncipe con Dios

"Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido".

(Génesis 32:28)

"Y Jacob dijo a José: El Dios Todopoderoso (El Shaddai) se me apareció en Luz, en la tierra de Canaán, y me bendijo" (Génesis 48:3).

Alan Davidson

Al acercarse el final de su azarosa vida, Jacob recordó una experiencia con Dios, en un "lugar"

(mencionado seis veces en Génesis 28) que pareció cambiar su vida. Dejemos que él mismo describa los años de su vida. "Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años; pocos y malos han sido los días de los años de mi vida" (Génesis 47:9). No se trata de una confesión de maldad grave, sino del reconocimiento de que su "vida" había estado marcada por problemas y muchas decepciones. Su lucha prenatal en el útero con su hermano gemelo marcó su carácter y sus hábitos. Se aprovechó de su hermano hambriento. Engañó a su padre ciego. Respondió a la astucia de su tío con un engaño superior. Su numerosa familia creció envuelta en el odio, los celos, las mentiras y la violencia. Esta es la historia de Jacob en el primer libro de la Biblia.

El último libro del Antiguo Testamento dice: "La carga de la Palabra del Señor a Israel por Malaquías. Os he amado, dice el Señor. Sin embargo, vosotros decís: ¿En qué nos has amado? ¿No era Esaú hermano de Jacob? dice el Señor; sin embargo, amé a Jacob y aborrecí a Esaú" (Malaquías 1:1-3). Dios amaba a Esaú como ama a todos los hombres que creó. El fervor extraordinario del amor de Dios por Jacob se explica en Romanos, capítulo 9: "Para que el propósito de Dios según la elección permaneciera, no por las obras, sino por aquel que llama... El mayor servirá al menor" (Romanos 9:11-12).

El llamado soberano de Dios no se debe a lo que Él puede ver en nosotros, sino a lo que Él puede hacer de nosotros. El amor de Dios no está determinado por ningún bien que Él pueda encontrar en nosotros, porque no hay ninguno. "Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Romanos 5:8). La elección de Dios no es hacernos siervos, sino conformarnos "a la imagen de su Hijo" (Romanos 8:29).

Jacob tuvo un encuentro con Dios en Luz que lo transformó y nunca olvidó el "lugar" donde Dios se le apareció. Nosotros también debemos tener una experiencia como la que tuvieron los creyentes de Corinto, algunos de los cuales, como Jacob, eran ladrones y codiciosos. "Y tales erais algunos de vosotros; pero habéis sido lavados, habéis sido santificados (apartados para Dios)" (1 Corintios 6:11), en la conversión.

BETEL

"Y llamó el nombre de aquel lugar Betel (la Casa de Dios), pero el nombre de aquella ciudad se llamaba Luz al principio" (Génesis 28:19).

A pesar de muchos fracasos de la carne, Jacob, en contraste con Esaú, siempre tuvo un aprecio por lo espiritual y lo sacerdotal, incluso al reclamar la primogenitura. Sin embargo, el amor de Dios lo llevó a la muy necesaria escuela de la disciplina. Aunque ahora era un hombre maduro, se encontró separado de

las comodidades del hogar: dejando a su madre, a quien nunca volvió a ver con vida; odiado por su hermano, estaba indigente y con miedo. Incomodo mientras se acostaba para intentar dormir en el páramo rocoso, era un peregrino solitario, con un bastón en la mano, una piedra bajo la cabeza, los terrones debajo de él, el cielo sobre él y un futuro incierto ante él. Jacob estaba desnudo, indefenso y abierto a una impresionante revelación del Señor Dios de Abraham e Isaac.

"Y soñó, y he aquí una escalera apoyada en la tierra, y su cima llegaba al cielo; y he aquí los ángeles de Dios subiendo y bajando por ella" (Génesis 28:12).

"Betel" (Génesis 28:17) es la primera referencia a "la Casa de Dios" en la Biblia. Se puede comparar con la casa sobre la que escribió el apóstol Pablo: "La casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad" (1 Timoteo 3:15). Era el lugar elegido por Dios, el descanso del peregrino, el fundamento sólido ("nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo", 1 Corintios 3:11), la comunicación celestial, el ministerio angelical, el señorío ("el Señor estaba sobre él", v. 13), la reverencia ("se asustó y dijo: ¡qué lugar tan santo es este!", [Sproule], v. 17), separación (Luz significa "separación"), resurrección (columna erigida, v. 18), recuerdo ("voto", v. 20), provisión ("pan para comer", v. 20), unción con "aceite" (v. 18), cercanía a Dios (v. 22). Dar ("el diezmo", v. 22) y la promesa de regreso (Dios dijo: "Te traeré de vuelta", v. 15).

La piedra colocada como almohada es un tipo de Cristo en su humillación. Su muerte es la verdad fundamental sobre la que encontramos descanso. La misma piedra levantada como pilar habla de Cristo resucitado.

El significado de la escalera también habla de Cristo, el que descendió para tomar sobre sí nuestra forma como hombre y ahora ha ascendido muy por encima de todo. Él es nuestro sumo sacerdote compasivo, a través del cual nuestras oraciones ascienden y las respuestas descienden. "Ascendido" se menciona antes que "descendido" porque la comunión con el cielo, a través de Cristo, es el resultado de Su obra realizada en la tierra en la Cruz. Esta fue una hermosa lección para el solitario viajero Jacob. Estaba cansado de su viaje, pero no estaba solo. El Señor estaba presente con él, aunque invisible, protegiéndolo de los lobos y los ladrones, e incluso de Esaú, el hombre mundano del campo.

"He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que vayas, y te traeré de nuevo a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he prometido" (Génesis 28:15). Esta misma promesa le fue dada a Josué cuando entró en la herencia; a Salomón en relación con el reino y a los creyentes hebreos a quienes se les prometieron cosas

mejores (Hebreos 13:5). La primera "columna" mencionada en la Biblia (Génesis 28:18, 22) se identifica con la "ciudad" (Génesis 28:19). Jacob, al igual que su abuelo, "buscaba una ciudad que tuviera fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios" (Hebreos 11:10).

"Entonces Jacob prosiguió su viaje (levantó sus pies, marg.)" (Génesis 29:1). Esta expresión indica que los pies de Jacob estaban alados de alegría, y que se apresuró en su camino sin apenas ser consciente del terreno accidentado de la tierra. Su carga se aligeró como si la hubieran levantado ángeles ascendentes. Perdemos nuestras cargas en la Cruz y entregamos felizmente nuestro caso al Hombre Ascendido, nuestro compasivo Sumo Sacerdote en la presencia de Dios.

PENIEL

En Betel, Jacob recibió promesas divinas. En Peniel, veinticinco años después, al amanecer, junto al arroyo Jaboc, experimentó el poder divino. Peniel no fue la primera gran experiencia espiritual de Jacob, pero fue un trato con Dios que provocó un cambio permanente en su vida. Para nosotros, la primera experiencia es la salvación y la conversión. La segunda es la lección de la santificación y la consagración. La respuesta del creyente a la misericordia de Dios en la salvación debería ser inmediatamente: "Señor, ¿qué quieres que haga?". (Hechos 9:6). En la conversión nacemos de nuevo y el Espíritu de Dios mora en nosotros. No tenemos que esperar una segunda bendición, pero para muchos de nosotros, como Jacob, se necesitan algunos años en la escuela de la disciplina de Dios para darnos cuenta de las discapacidades de nuestra naturaleza carnal y aprender a apoyarnos solo en Dios en las pruebas de la vida cristiana cotidiana.

Este fue un día trascendental en la relación de Dios con Jacob. "Temprano por la mañana" (Génesis 31:55), dejó a Labán, siguió su camino y llegó a un lugar al que llamó "Mahanaim", donde vio a los ángeles del "ejército de Dios" (Génesis 32:2). Para animarlo, ahora que estaba en el camino de la fe, a punto de enfrentarse a una gran prueba, Dios le recordó la visión de los ángeles y la promesa de Betel: "Te traeré de vuelta a esta tierra" (Génesis 28:15).

Por la tarde de ese día, la siguiente hueste que le preocupaba era la noticia de que su hermano Esaú venía con cuatrocientos hombres (Génesis 32:6). Las pausas en el Mar Rojo son necesarias en el camino de la fe cuando estamos encerrados a solas con Dios. "Entonces Jacob tuvo mucho miedo y se angustió; y dividió a la gente que estaba con él, y los rebaños, y las manadas, y los camellos, en dos bandos; y dijo: Si Esaú viene a uno de los bandos y lo ataca, el otro bando que quede escapará" (Génesis 32:7-8). Jacob estaba acorralado. Su conciencia le atormentaba por el engaño y las mentiras que le había dicho a su anciano padre y por el robo a su hermano. Ahora estaba

rodeado de sus esposas e hijos, rebaños y manadas, camellos y la riqueza de catorce años de trabajo. Detrás de él estaba el recuerdo de su engaño a Labán y delante de él había lo que parecía ser una ruina inevitable. Cuando todo estaba en juego, Jacob se dedicó a la oración. "Y Jacob dijo: Oh Dios de mi padre Abraham (el Dios de la Promesa) y Dios de mi padre Isaac (el Dios de la Provisión), Señor, que me dijiste: Vuelve a tu tierra y a tu parentela, y yo te trataré bien" (Génesis 32:9). El Dios de Jacob era el Dios de la Paciencia. Dios no abandonó a Jacob, pero la escuela del amor de Dios implica disciplina, pruebas, exámenes, que conducen a una sensación de total impotencia e inutilidad, incluso a la desesperación.

Podemos estar tan aturridos por las preocupaciones de esta vida, el engaño de las riquezas, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y el orgullo de la vida, que no podemos orar. El engaño y la astucia en el corazón deben ser confesados para estar bien con Dios. Jacob confiesa: "No soy digno" (Génesis 32:10). Por dos veces, Jacob se vale de la Palabra de Dios: "Tú dijiste" (Génesis 32:9, 12). Clama por la ayuda de Dios, pero añade la oración a sus propios planes. La lección es que la oración y la planificación no se pueden mezclar. La carne debe ser sometida y Dios debe recibir toda la gloria.

"Y Jacob quedó solo, y luchó con él hasta el amanecer" (Génesis 32:24). Dios quebranta al hombre para poder usarlo. Jacob seguía resistiéndose y Dios fue paciente con él cuando solo era necesario un toque. "Y cuando él (el hombre) vio que no prevalecía contra él (Jacob), le tocó el hueso del muslo (la parte más fuerte de su cuerpo); y el hueso del muslo de Jacob se dislocó mientras luchaba con él. Y él (el hombre) dijo: Déjame ir, porque amanece. Y él (Jacob) dijo: "No te dejaré ir, a menos que me bendigas" (Génesis 32:25-26). Dios incapacitará la fuerza humana que contiene con Él para que, en su debilidad, el hombre se aferre a Él en busca de bendición. Pablo escribe: "Mi fuerza se perfecciona en la debilidad; por lo cual, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo repose sobre mí... porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Corintios 12:9-10). "De la debilidad se hizo fuerte" es un comentario sobre aquellos que triunfaron por la fe (Hebreos 11:34).

"Y él le dijo: ¿Cómo te llamas? Y él respondió: Jacob" (Génesis 32:27). Jacob, el mentiroso del capítulo 27, dijo: "Yo soy Esaú" (v. 19). Este engaño, ocurrido veinticinco años antes, había dejado a Jacob débil ante Dios y enemistado con su hermano. El nombre de Dios no se revela hasta que las condiciones morales son las adecuadas. Es una verdadera bendición examinarnos a nosotros mismos con la confesión de nuestros pecados y presentarnos ante Dios con toda nuestra debilidad. Jacob llegó a conocer a Dios "cara a cara" (Génesis 32:30) en Peniel. "Y al pasar por Peniel (JND), le salió el sol, y cojeaba de su muslo" (Génesis 32:31).

Era un nuevo día. Jacob era un hombre nuevo, con un nuevo nombre: "Israel", un príncipe con Dios (Génesis 32:28). "Tocó el hueso del muslo de Jacob, en el tendón que se encogió" (Génesis 32:32). La lección es que la carne puede encogerse y debe mantenerse en el lugar de la muerte, pero nunca se elimina durante nuestra peregrinación en la tierra.

BEER-SHEBA.

"Y Israel partió con todo lo que tenía y llegó a Beer-sheba... Y Dios habló a Israel... Y dijo: Yo soy Dios, el Dios de tu padre; no temas bajar a Egipto, porque allí te haré una gran nación. Yo descenderé contigo a Egipto, y también te haré volver (por tercera vez), y José pondrá su mano sobre tus ojos" (Génesis 46:1-4). En el capítulo final del Génesis, los últimos años de Israel se superponen con la historia de José (tema de un estudio aparte).

La familia de Jacob que bajó a Egipto era de "sesenta y seis" almas (Génesis 46:26). En Egipto, la familia se convirtió en una "congregación" y, después de cuatrocientos treinta años, "las huestes del Señor salieron de la tierra de Egipto", "unos seiscientos mil hombres a pie, sin contar los niños" (Éxodo 12:37, 41).

Se ha dicho que los últimos años de Jacob fueron los mejores y que su lecho de muerte fue su mejor momento. "El Dios Todopoderoso se me apareció en Luz, en la tierra de Canaán" (Génesis 48:3). Nunca olvidó esa revelación.

En Génesis 48, menciona el nombre de Dios siete veces. Habla del Dios de los patriarcas, "ante quien mis padres... caminaron"; el Dios de la provisión; "que me ha alimentado toda mi vida hasta el día de hoy" (v. 15); el Dios de la promesa y la preservación, "que me ha redimido de todo mal" (v. 16). Después de muchos años en la escuela de la disciplina de Dios y tras toda una vida de pruebas, tribulaciones y dificultades, en Génesis capítulo 49, esbozó proféticamente el plan de Dios para "las doce tribus de Israel" (Génesis 49:28). En este esbozo de la soberanía divina y la responsabilidad humana, el hombre que durante tanto tiempo solo se interesó por sí mismo, ha aprendido a confiar únicamente en Dios y invoca la bendición de Dios sobre sus progenitores. Sus pensamientos se extienden más allá de sus tribulaciones hasta la venida de Cristo, "Silo", el Príncipe de Paz. Sus últimas palabras son maravillosas en su precisión, sublimes en su belleza y espléndidas en su profecía. "Recogió sus pies en la cama y entregó su espíritu" (Génesis 49:33). Este último acto de Jacob fue su rendición definitiva a Dios Todopoderoso. A Dios le complace, especialmente a lo largo del libro de los Salmos y de Isaías, ser llamado "el Dios de Jacob". "El Señor de los ejércitos está con nosotros; el Dios de Jacob es nuestro refugio" (Salmo 46:7, 11).

Reunión-Juntos-Hacia Epi-sun-agoge

G. C. Willis

"Tesoros ocultos encontrados en el Nuevo Testamento"

Hace algunos años, grandes multitudes de todas partes de Canadá se reunieron para honrar a la princesa Isabel, más tarde reina, y a su esposo. Era la princesa, a quien todo el Imperio Británico amaba, quien atraía a la gente. Se reunieron en torno a ella. Ella era la atracción. La mayoría de la gente la conocía desde que era una niña pequeña y la había visto crecer. Nuestros hijos tenían fotos de ella con su hermana pequeña y sus perros, y habían aprendido a querer a aquella niña encantadora de rostro alegre. Así que, cuando Canadá tuvo el honor de recibir su visita, todos los que pudieron se reunieron en torno a ella.

Leemos sobre grandes reuniones casi todos los días. La gente se reúne para ayudar a alguna causa que ama y admira. Se reúnen por una causa, por una doctrina, por un propósito; pero qué diferente es esa reunión de las que se reúnen en torno a una persona viva en medio de ellos, a quien aman.

Notarán que la palabra que proponemos considerar está compuesta en realidad por tres palabras; y la segunda y la tercera juntas, sunagoge, forman una palabra muy común en inglés: "sinagoga". Una es la forma griega y la otra la forma inglesa de escribir la misma palabra. Como pueden adivinar, realmente significa "reunión", y de esta manera se utiliza a menudo en el Antiguo Testamento griego. En el Nuevo Testamento, generalmente ha llegado a significar el lugar donde se reunían. Y hoy en día, los judíos se reúnen en las sinagogas para escuchar la Ley y los Profetas y para orar. Se trata de una "reunión", pero no de una reunión para con una persona amada o viva. En todo el mundo oímos hablar de reuniones religiosas de un tipo u otro, que en su mayor parte son "reuniones", pero no "reuniones para con" alguien a quien aman. Es la persona viva a la que amamos, para con la cual nos reunimos, lo que marca la diferencia.

Esta palabra, epi-sun-agoge, una "reunión para", como sustantivo, solo se utiliza dos veces en el Nuevo Testamento griego, pero el verbo se utiliza siete u ocho veces. La encontramos por primera vez en Mateo 23:37, versículo en el que aparece dos veces: "Jerusalén, Jerusalén... ¡cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste!".

Esta es la primera vez que se utiliza la palabra, y ilustra maravillosamente su significado. Todos hemos oído a la gallina madre emitir ese graznido especial con el que llama a sus polluelos, ¿y adónde los llama? Los llama a ella. Ese es precisamente el significado de esta hermosa palabra. Pueden buscar los otros lugares donde encontramos este verbo, todos los cuales, como

verán, están en los Evangelios, hablando de nuestro Señor aquí en la tierra: Mateo 24:31, Marcos 1:33, 13:27; Lucas 12:1, 13:34 y quizás 17:37, pero la lectura aquí es, en mi opinión, dudosa. Si examinan estas Escrituras, creo que encontrarán que todas, excepto la última, se refieren a reunirse con nuestro amado Señor y Salvador. Cristo, y solo Cristo, es el objeto y el centro de nuestra reunión. Que el Señor nos ayude a tener esto presente cuando nos reunamos para recordar la muerte de nuestro Señor; no es solo una "reunión" (la sinagoga era eso), sino una reunión con el Señor Jesucristo mismo.

Hoy en día, muchos se reúnen en torno a una doctrina, como el bautismo; otros se reúnen en torno a un gran líder, como Lutero o Wesley; otros, en torno a una forma de culto o de gobierno eclesiástico, o a una iglesia nacional. Tales reuniones no tienen derecho a afirmar que se reúnen en torno a Cristo y solo a Cristo.

Pero veamos un poco las dos Escrituras (y solo dos) donde encontramos esta palabra como sustantivo. La primera está en 2 Tesalonicenses 2:1: "Ahora bien, hermanos, os rogamos, por la venida de nuestro Señor Jesucristo y por nuestra reunión con él, que no os mováis fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis". Aquí, esta palabra nos habla de esa gran reunión en el aire, descrita en 1 Tesalonicenses 4:13-18 y en 1 Corintios 15:51-57, cuando todos los verdaderos creyentes en nuestro Señor Jesucristo, tanto los que estén vivos como los que estén dormidos, serán arrebatados para encontrarse con el Señor en el aire. ¡Qué reunión será esa, y todo para Él! Ningún santo, desde el ladrón en la cruz hasta el último que sea llevado al Salvador antes de que Él vuelva, faltará entonces; entonces todos serán reunidos ante su Señor, y Él será el Centro, el único Centro y Objeto, de esa vasta multitud. Y, fíjense, Aquel ante quien somos reunidos no se deja a la interpretación (como ocurre en algunos casos), sino que se nos dice claramente: "ante Él".—al Señor Jesucristo mismo. El arcángel estará allí y alzará su voz, pero él no es el Centro ni el Objeto, ¡el Único ante quien se reúne esa vasta multitud! ¡No! Es ante el Señor mismo, solo el Señor, Él es el Centro de todo: "El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando". El Señor mismo es nuestro único Objeto y Centro entonces.

¿Quién estaría dispuesto a perderse ese encuentro en el aire, con el Señor mismo en medio?
¿Quién, entonces, en ese momento, querrá otro centro, otro objeto, que no sea el Señor Jesucristo mismo?
¿Por qué otro centro u otro objeto ahora?

El único otro lugar donde encontramos esta palabra es en Hebreos 10:25: "No dejando de congregaros, como algunos tienen por costumbre". Esto nos habla de nuestra reunión con Él aquí en la tierra, en el día de hoy, al igual que la otra ocasión en la que se utilizó esta palabra nos habló de esa poderosa reunión con Él en el día venidero, esa reunión con Él en el aire.

¡Qué maravillosamente dulce es que el Espíritu de Dios haya elegido exactamente la misma palabra para cada una de estas reuniones! Así, el Señor nos dice que esta reunión en "mi nombre", como leemos en Mateo 18:20 (pues se utilizan casi las mismas palabras), es, a sus ojos, lo mismo que esa maravillosa reunión con Él en el aire.

Y en ambas reuniones, Él promete estar presente. En una, "el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando"; y en la otra, "allí estaré en medio de ellos". Es la presencia del Señor vivo a quien amamos lo que marca la diferencia, uno aquí abajo, el otro en el aire, pero el Señor Jesucristo mismo presente en ambos casos. Su presencia hace que estas reuniones sean diferentes a todas las demás reuniones que pueden organizar los hombres.

Es muy probable que hoy en día esa reunión se celebre en algún salón superior, o en una callejuela, o en una casa privada, como en los días del Nuevo Testamento. No hay adornos. Faltan el órgano y el coro del mundo, o incluso la música de los días del Antiguo Testamento. Puede que solo haya "dos o tres" presentes, pero, querido lector, no lo desprecies, porque a los ojos de Dios, es tan verdadera una reunión con el Señor Jesucristo como lo es esa gloriosa reunión en el aire, con innumerables miríadas, desde la tumba y desde la tierra, y Él mismo en toda su gloria, el centro visible de esa poderosa multitud. Entonces lo veremos con nuestros propios ojos por primera vez, y a través de esa visión, seremos transformados para ser "como Él, porque lo veremos tal como Él es".

Es asombroso, ¿no es así?, que el Espíritu Santo elija exactamente la misma palabra para cada una de estas reuniones. Nos dice que el Señor mismo está tan verdaderamente presente en aquel sencillo aposento alto con los dos o tres despreciados, como está visiblemente presente en aquella gloriosa reunión que todos esperamos con esperanza y alegría.

Y solo una palabra más. El Espíritu Santo añade esta advertencia: "Y tanto más cuanto veis que se acerca el día". Amados, ¿no vemos que el Día se acerca ahora? ¡Nunca estuvo "el Día" tan cerca como en nuestros días! Que tú y yo amemos ese lugar bendito donde Jesús mismo está en medio y lo amemos y atesoremos aún más al ver que el Día se acerca ahora. ¡Que otras reuniones juntas amen su atracción, así como nosotros encontramos una atracción irresistible en esa "reunión con Él"!

Ancianos, Supervisores, Pastores

O. B. Willey

Conocer a los ancianos que hay entre ellos y reconocer el servicio que Dios les ha asignado sometiénolos a su guía es una responsabilidad que recae sobre todos los miembros de la congregación. Pablo escribió a una congregación muy joven, probablemente con menos de doce meses de antigüedad: "Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra" (1 Tesalonicenses 5:12-13). La palabra aquí traducida como "están por encima" también se traduce como "gobernar" en otros cuatro lugares, a saber, 1 Timoteo 3:4 y 5, donde se hace referencia al gobierno de un hombre en su propia casa, y 1 Timoteo 5:17 y Romanos 12:8, donde se hace referencia al gobierno dentro de la congregación.

Es evidente, pues, que una de las primeras manifestaciones de la obra del Espíritu Santo en una asamblea constituida según las Escrituras es la distinción de los hombres aptos para el gobierno que les ha dado el Señor, los que están por encima de la asamblea EN EL SEÑOR. Se caracterizan por "trabajar" entre sus hermanos, lo que incluye amonestar o advertir. En Hebreos 13 hay tres referencias a los mismos hombres (versículos 7, 17 y 24) como "los que tienen autoridad sobre vosotros", pero la palabra utilizada es diferente de la mencionada anteriormente. En una forma ligeramente diferente, se traduce como "gobernador" en referencia tanto a Poncio Pilato como a Félix. La idea de guía o liderazgo, como se indica en la A.V., Margen, es prominente en ella.

Así, se ve que una característica de las iglesias del Nuevo Testamento es el gobierno, la guía o el liderazgo ejercido por hombres levantados y preparados por el Señor. Estos se denominan ancianos o supervisores. La palabra "anciano" pone énfasis en la edad o la experiencia de quien es llamado a este servicio, mientras que la palabra "supervisor" destaca el carácter de su trabajo: él supervisa. Cuando Pablo llamó a los ancianos de la iglesia de Éfeso para que se reunieran con él en Mileto (Hechos 20:17), les encomendó la responsabilidad expresada en las palabras: "Por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño, en el cual el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre" (v. 28). La comparación de estos dos versículos muestra que, en primer lugar, es el hombre con experiencia en cosas divinas quien es nombrado supervisor (y esto se enfatiza en 1 Timoteo 3:6, donde se prohíbe el trabajo a los novatos o a los recién llegados a la fe) y, en segundo lugar, que es la obra distintiva del Espíritu Santo sobre él lo que lo hace

apto para el servicio: "el Espíritu Santo os ha hecho supervisores".

Aquí está el secreto del gobierno que ejercen estos hombres. La obra del Espíritu Santo al mantener a aquellos en quienes mora en comunión con su Señor en el trono celestial se manifiesta especialmente en ellos, de modo que interpretan fácilmente Sus caminos al rebaño. Es su comunión con el Señor en cuanto a Su gobierno y dirección de la asamblea lo que les da su servicio y los recomienda como supervisores a los santos. Conociendo Su amoroso cuidado por Sus propias ovejas, le prestan un servicio fiel y voluntario como subpastores, y recibirán su recompensa en Su manifestación (1 Pedro 5:1-5).

El Sr. W. E. Vine, al comentar las dos palabras utilizadas por el Señor al encargar a Pedro el cuidado de Sus ovejas (Juan 21), escribe: "La lección que hay que aprender, como señala Trench (Syn. § xxv), es que, en el cuidado espiritual de los hijos de Dios, alimentar al rebaño con la Palabra de Dios es una necesidad constante y regular; es lo que debe ocupar el primer lugar. El cuidado (que incluye esto) consiste en otros actos, como la disciplina, la autoridad, la restauración y la asistencia material a las personas, pero son incidentales en comparación con la alimentación".

Tal es la naturaleza del trabajo del subpastor, el supervisor o anciano. Por lo tanto, es esencial que sea apto para enseñar, una característica que se muestra como propia de él en 1 Timoteo 3:2, y que se da a entender en Tito 1:9. La comprensión de esto llevaría a un ejercicio más profundo del corazón para que los hombres aptos para este servicio por el Señor resucitado pudieran ser levantados entre las asambleas, y también evitaría que aquellos cuya falta de aptitud es evidente intentaran realizar la labor.

Cuando no hay ancianos en las asambleas, hay evidencia de que no se cumple el modelo dado en la Palabra de Dios, ya que en el orden divino se provee de ellos en cada asamblea. Cuando nos proponemos alcanzar los estándares bíblicos, se ven la debilidad y el fracaso humanos; pero es mucho mejor tener siempre en cuenta esos estándares que aceptar cualquier cosa inferior a lo que establece la Palabra de Dios.

Efesios 4:8-24

Comentario de la Biblia Expositor

¡El galileo conquistó! El hombre nuevo estaba destinado a condenar y destruir al viejo. "Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y por el pecado, condenó al pecado en la carne" (Romanos 8:3). Cuando Jesús vivió, murió y resucitó,

se produjo una revolución inconcebible en los asuntos humanos. La cruz se plantó en el territorio del dios de este mundo; su victoria era inevitable. El "grano de trigo" cayó en la tierra para morir: aún podría haber un invierno largo y cruel; muchas tormentas y plagas retrasarían su crecimiento; pero la cosecha estaba asegurada. Jesucristo era el tipo y la cabeza de un nuevo orden moral, destinado a controlar el universo.

Ver al hombre nuevo y al viejo uno al lado del otro era suficiente para asegurar que el futuro estaba en manos de Jesús. La corrupción y la decrepitud marcaban todos los aspectos de la vida gentil. Estaba gangrenada por el vicio, "consumiéndose en sus deseos engañosos".

San Pablo tenía ante sus ojos, mientras escribía, un tipo conspicuo del orden pagano en decadencia. Había apelado como ciudadano del imperio a César como su juez. Estaba encarcelado como prisionero de Nerón y conocía la vida del palacio. (Filipenses 1:13). Quizás nunca ninguna dinastía de gobernantes haya dominado a la humanidad de forma tan absoluta ni haya tenido en sus manos de forma tan completa los recursos del mundo como los césares de la época de San Pablo. Desde entonces, su nombre ha servido para marcar la cima del poder autocrático. Sin duda, fue la visión de Tiberio sentado en Roma lo que Jesús vio en el desierto, cuando "el diablo le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: Todo esto me ha sido entregado, y a quien yo quiera se lo doy". El emperador era la piedra angular del espléndido edificio de la civilización pagana, que se había ido levantando durante tantos siglos. ¡Y Nerón era el producto final y el paradigma de la casa de César!

En esta época, escribe M. Renan, "Nerón y Jesús, Cristo y el Anticristo, se enfrentan, se contraponen, si me atrevo a decirlo, como el cielo y el infierno". Frente a Jesús se presenta un monstruo, que es el ideal del mal, como Jesús es el de la bondad. Nerón tenía una naturaleza malvada, hipócrita, vanidosa, frívola, prodigiosamente dada a la declamación y la ostentación; una mezcla de falso intelecto, profunda maldad, egoísmo cruel y astuto llevado a un increíble grado de refinamiento y sutileza. Es un monstruo sin parangón en la historia, y cuyo igual solo podemos encontrar en los anales patológicos del patíbulo. La escuela del crimen en la que había crecido, la execrable influencia de su madre, el golpe del parricidio que le impuso, por así decirlo, esta mujer abominable, por el que entró en la escena de la vida pública, hicieron que el mundo se convirtiera a sus ojos en una horrible comedia, con él mismo como actor principal. En el momento en que nos encontramos [cuando San Pablo entró en Roma], Nerón se había separado completamente de los filósofos que habían sido sus tutores. Había matado a casi todos sus parientes. Había convertido en moda las locuras más

vergonzosas. Gran parte de la sociedad romana, siguiendo su ejemplo, había descendido al nivel más bajo de degradación. La crueldad del mundo antiguo había alcanzado su consumación. El mundo había tocado el fondo del abismo del mal; solo podía volver a ascender.

Tal era el hombre que ocupaba en ese momento la cima del poder y la gloria humanos, el hombre que encendió la antorcha del martirio cristiano y a cuya sentencia estaba destinada a caer la cabeza de San Pablo, la Bestia Salvaje de la terrible visión de Juan. Héroe de Roma, el hijo de Agripina, encarnaba el triunfo de Satanás como dios de este mundo. Jesús de Nazaret, el Hijo de María, reinaba solo en unos pocos corazones amorosos y puros. La historia futura, tal y como la revelaba el rollo del Apocalipsis, iba a ser el campo de batalla de estos dos poderes enfrentados, la guerra de Cristo contra el Anticristo.

¿Podría haber alguna duda, para cualquiera que hubiera medido las fuerzas rivales, de qué lado recaería la victoria? San Pablo pronuncia el destino de todo el reino del mal en este mundo, cuando declara que "el viejo hombre" está "pereciendo, según los deseos engañosos": Es una aplicación de la máxima que nos dio en Gálatas 6:8: "El que siembra para su propia carne, de la carne cosechará corrupción". En su loca sensualidad y sus prodigiosas concupiscencias, el vil mundo romano que veía a su alrededor se precipitaba hacia su ruina. Esa ruina se retrasó; quedaban fuerzas morales en la estructura del Estado romano, que en las generaciones siguientes se reafirmaron y frenaron por un tiempo la marea del desastre; pero al final Roma cayó, como habían caído los antiguos imperios del mundo oriental, por su propia corrupción y por "la ira que se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres". Para el hombre solitario, para el hogar, para el cuerpo político y la familia de naciones, la regla es la misma. "El pecado, cuando está consumado, da lugar a la muerte".

Las pasiones que llevan a los hombres y a las naciones a la ruina son "deseos engañosos". El tentador es el mentiroso. El pecado es un enorme fraude. "No moriréis", dijo la serpiente en el jardín; "¡Vuestros ojos se abrirán y seréis como Dios!". Así nació el deseo prohibido, y "la mujer, engañada, cayó en transgresión".

"Así brilló la terrible serpiente y llevó al engaño a Eva, nuestra crédula madre, al árbol de la prohibición, raíz de todos nuestros males".

Con sus cebos de placer sensual, y aún más con su apariencia de libertad y poder para despertar nuestro orgullo, el pecado nos engaña y nos priva de nuestra humanidad; siembra la vida con miseria y nos convierte en esclavos que se desprecian a sí mismos. Sabe cómo utilizar la ley de Dios como incitación a la transgresión, convirtiendo la prohibición misma en un

desafío a nuestros audaces deseos. "El pecado, aprovechando el mandamiento, me engañó y por él me mató". Sobre el abismo de la destrucción juegan las mismas luces danzantes que han seducido a innumerables generaciones: el brillo del oro, la túnica púrpura y la corona enjoyada, el vino que se agita en la copa, los rostros hermosos y suaves iluminados por la risa. El pie descarriado y los deseos ardientes persiguen, hasta que llega el momento inevitable en que el suelo traicionero cede y el perseguidor se sumerge sin posibilidad de escapar en los abismos apestosos del pecado. Entonces se acaba la ilusión. Los rostros alegres se vuelven repugnantes; el premio resplandeciente se convierte en polvo; el dulce fruto se convierte en cenizas; la copa del placer arde con el fuego del infierno. Y el pecador sabe por fin que su codicia le ha engañado, que es tan necio como malvado.

Recordemos que solo hay una forma de escapar del engaño omnipresente del pecado. Es "aprender de Cristo". No aprender sobre Cristo, sino aprender de Él. Es un artificio común del gran engaño "lavar el exterior de la copa y el plato". El anciano ha mejorado y se ha civilizado; fue bautizado en la infancia y se le llama cristiano. Abandona muchas de sus antiguas costumbres, se viste con ropas y estilo decorosos; y así se engaña a sí mismo pensando que es nuevo, mientras que su corazón no ha cambiado. Puede volverse ascético y negarse esto o aquello; y, sin embargo, nunca se niega a sí mismo. Observa las formas religiosas y hace obras de caridad, como si quisiera compensar a Dios por su pecado no abandonado. Pero todo esto no es más que una manifestación plausible y odiosa de los deseos del engaño.

Aprender de Cristo es aprender el camino de la cruz. "Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí", nos exhorta; "porque soy manso y humilde de corazón". Hasta que no hayamos hecho esto, no habremos comenzado siquiera nuestra lección.

En Efesios 4:23-24, el apóstol pasa del viejo hombre que perece al nuevo. Estas dos cláusulas difieren en su forma de expresión más de lo que indica la traducción al inglés. Cuando escribe "renovados en el espíritu de vuestra mente", describe un rejuvenecimiento continuo; el verbo está en tiempo presente, y la novedad que implica es la de la recentidad y la juventud, la novedad en cuanto a la edad. Pero el "hombre nuevo" que hay que "revestir" (Efesios 4:24) es de un tipo y orden nuevos; y en este caso el verbo está en tiempo aoristo, lo que significa un acontecimiento, no un acto continuo. El hombre nuevo se reviste cuando se adopta el modo de vida cristiano, cuando entramos personalmente en la nueva humanidad fundada en Cristo. Nos "revestimos del Señor Jesucristo" (Romanos 13:14), que cubre y absorbe al viejo yo, así como aquellos que esperan en

la carne su segunda venida "se revestirán de la casa del cielo", cuando "lo mortal" en ellos sea "tragado por la vida". (2 Corintios 4:2-4). Así, se nos presentan dos concepciones distintas de la vida de fe. Consiste, por un lado, en una vivificación, constantemente renovada, en los manantiales de nuestro pensamiento y voluntad individuales; y es, al mismo tiempo, la asunción de otra naturaleza, la investidura del alma con el carácter divino y la forma de su ser.

Llevado por la corriente de sus malas pasiones, vimos al "hombre viejo" en su "antigua manera de vivir", precipitándose hacia el abismo de la ruina. Para el hombre renovado en Cristo, la corriente de la vida fluye constantemente en la dirección opuesta y, con una marea creciente, se eleva hacia Dios. Su conocimiento y su amor crecen siempre en profundidad, en refinamiento, en energía y en alegría. Así fue con el apóstol en su avanzada edad. Los nuevos impulsos del Espíritu Santo, el desvelamiento a su espíritu del misterio de Dios, la comunión de los hermanos cristianos y los intereses de la obra de la Iglesia renovaron la juventud de Pablo como la del águila. Si en años y trabajo es viejo, su alma está llena de ardor, su intelecto es agudo y entusiasta; "el hombre exterior se va desgastando, pero el interior se renueva día a día". Esta nueva naturaleza tuvo un nuevo nacimiento. El alma, que se reanima perpetuamente de los manantiales frescos que hay en Dios, tenía en Dios el comienzo de su vida renovada. No tenemos que crear o modelar para nosotros mismos la vida perfecta, sino adoptarla, realizar el ideal cristiano (Efesios 4:24). Estamos llamados a revestirnos del nuevo tipo de humanidad tan completamente como renunciamos a la antigua (Efesios 4:22). El nuevo hombre está ante nuestros ojos, manifestado en la persona de Jesucristo, en quien vivimos de ahora en adelante. Cuando "aprendemos de Cristo", cuando nos hemos convertido en sus verdaderos discípulos, "nos revestimos" de su naturaleza y "caminamos en él". La recepción interior de su Espíritu va acompañada de la asunción exterior de su carácter como nuestra vocación entre los hombres.

Ahora bien, el carácter de Jesús es la naturaleza humana tal y como Dios la formó inicialmente. Existía en Sus pensamientos desde la eternidad. Si se pregunta si San Pablo se refiere, en Efesios 4:24, a la creación de Adán a semejanza de Dios, o a la imagen de Dios que aparece en Jesucristo, o a la naturaleza cristiana formada en los regenerados, deberíamos decir que, en la mente del apóstol, la primera y la última de estas creaciones se fusionan en la segunda. El amor del Hijo de Dios es su imagen primigenia. La raza de Adán fue creada en Cristo (Colosenses 1:15-16). El primer modelo de esa imagen, en el padre natural de la humanidad, fue mancillado por el pecado y se ha convertido en "el viejo hombre", corrupto y moribundo. El nuevo patrón que sustituye a este tipo quebrantado es el ideal original, mostrado "en

semejanza de carne de pecado", sin el encanto de la inocencia infantil, sino con la gloria del pecado vencido y el sacrificio soportado en el Hijo de Dios, perfeccionado a través del sufrimiento. A lo largo de todo, solo ha habido una imagen de Dios, una humanidad ideal. El Adán del Paraíso era, dentro de sus límites, lo que la Imagen de Dios había sido en perfección desde la eternidad. Y Jesús, en su personalidad humana, representaba, bajo las circunstancias cambiadas provocadas por el pecado, lo que Adán podría haber llegado a ser como hombre completo y disciplinado.

Las cualidades en las que insiste el apóstol en el nuevo hombre son dos: "la justicia y la santidad [o piedad] de la verdad". Esta es la concepción del Antiguo Testamento de una vida perfecta, cuya realización anticipa el devoto Zacarías cuando canta cómo Dios "ha mostrado misericordia a nuestros padres, en memoria de su santo pacto, para que, liberados de la mano de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, en santidad y justicia delante de él todos los días de nuestra vida". ¡Una visión encantadora, aún por cumplir!

La "justicia" es la suma de todo lo que debe haber en las relaciones del hombre con la ley de Dios; la "santidad" es una disposición y una actitud correctas hacia Dios mismo. No se trata de la palabra habitual que utiliza San Pablo para referirse a la santidad (santificación, santidad), que tan a menudo coloca al principio de sus cartas, dirigiéndose a sus lectores como "santos" en Cristo Jesús. Ese otro término designa a los creyentes cristianos como personas devotas, reclamadas por Dios para sí mismo; significa santidad como vocación. La palabra de nuestro texto denota específicamente la santidad de carácter y comportamiento: "que corresponde a los santos". Las dos palabras difieren mucho, como la devoción difiere de la piedad.

Un temperamento religioso, una mente reverente, caracteriza al verdadero hijo de la gracia. Su alma está llena del amoroso temor de Dios. En la nueva humanidad, en el tipo de hombre que prevalecerá en los últimos días, cuando la humanidad haya aprendido la verdad tal como la enseñó Jesús, la justicia y la piedad ejercerán un dominio equilibrado. El hombre de los tiempos venideros no será ateo ni agnóstico: será devoto. No será estrecho de miras ni egoísta; no será farisaico ni pretencioso, practicando la ética del mundo con el credo cristiano: será recto y generoso, viril y divino.

Tergiversando a Cristo

WIS, abril de 1941

"Pero vosotros no habéis aprendido así a Cristo". "Pero vosotros no habéis aprendido así a Cristo" (Efesios 4:20, R. V.).

"Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres". "Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva criatura; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas las cosas son hechas nuevas" (2 Corintios 3:2; 5:17).

En el primer pasaje, Pablo indica que algunos estaban tergiversando a Cristo, porque "no así aprendisteis a Cristo". El segundo pasaje indica que una persona verdaderamente convertida es una nueva creación y debe haber terminado con la vieja vida y sus pecados. El mundo espera de los cristianos unos estándares más elevados, ideales y el ejemplo de la vida de Cristo dentro y fuera. Puede que no todos los observadores vean el halo de gloria divina sobre las cabezas de quienes profesan vivir la vida cristiana, pero esperan ver a los cristianos tan diferentes de ellos mismos y de otras personas no salvos.

La mayoría de los cristianos desean representar adecuadamente a Cristo ante los hombres. Esto significa una representación de Cristo mismo en la vida humana para presentar una semejanza algo similar a Él. ¿Cómo tergiversan a veces los cristianos a Cristo, su Señor?

En cuanto al lugar, los cristianos pueden tergiversar a Cristo en casi cualquier lugar. Pueden dejar de mostrar la semejanza con Cristo en el hogar, en la calle, en sus negocios, en la oficina o en la fábrica, o incluso en las reuniones religiosas en la Casa de Dios.

Los cristianos pueden representar mal a Cristo con crueldad, descortesía, injusticia en asuntos menores, descuido y falta de consideración por los derechos y sentimientos de otras personas. Pueden representar mal a Cristo por parecerse demasiado al mundo. El Dr. Bonar dijo una vez: "Busco la Iglesia y la encuentro en el mundo, busco el mundo y lo encuentro en la Iglesia". La línea divisoria no es lo suficientemente clara para los cristianos de hoy.

Los cristianos tergiversan a Cristo con una timidez retrógrada, con miedo y con falsa modestia a la hora de defender a Dios y la verdad. Cristo no era un cobarde y defendió verdaderamente la verdad y a las masas indefensas. Los cristianos pueden tergiversar a Cristo con conversaciones necias, frivolidad, bromas de mal gusto y acciones vulgares. Hay demasiado de esto entre los que se profesan cristianos. La alegría, el gozo y la verdadera felicidad son dignos de elogio, pero son muy diferentes de las bromas tontas que prohíben las Escrituras (Efesios 5:4). Si los jóvenes, y también los adultos, supieran cuánto "matan" y entristecen la vida del Espíritu esas bromas y tonterías, las abandonarían como un mal hábito.

Las chicas y mujeres cristianas pueden dar una imagen errónea de Cristo con su vestimenta mundana, su

personalidad artificial y su superficialidad en la vida cotidiana. ¡Toma tu estilo de Cristo y de la Biblia, no de las tiendas de moda de París, Londres y Nueva York! (1 Pedro 3:3, 4; 1 Timoteo 2:9, 10). ¿Tu vida, tu vestimenta y tus modales atraen alguna vez a alguien para que diga: "¡Ahí hay un verdadero cristiano o una verdadera cristiana, si es que alguna vez ha habido alguno!"?

A algunos cristianos se les juzga en gran medida por la compañía que tienen; ¿la tuya es salva o no salva, mundana o no mundana? ¿Aman las cosas espirituales o son adversas a ellas? Ten cuidado de que tus compañeros mundanos no te arrastren con ellos, porque Pablo dijo: "Las malas compañías corrompen las buenas costumbres" (1 Corintios 15:33, R. V.). Cristo es juzgado por tu vida, por tu caminar espiritual o carnal ante los hombres. ¿Frecuentes lugares donde su nombre no es bienvenido? ¿Caminas de manera carnal ante los hombres? "El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Juan 2:6). Nadie debe temer que alguna vez será perfecto en esta vida, pero debemos esforzarnos por su gracia para complacerlo.

Algunas personas tergiversan a Cristo al dudar de su providencia, con ansiedad, preocupación, inquietud y cuidados innecesarios, como si Cristo no tuviera suficiente poder en su reino para cuidar de todos ellos.

"Cuidate a ti mismo", dijo Pablo. Si todos lo hacemos, no condenaremos ni criticaremos injustamente a los demás. "Velad y orad, para que no caigáis en tentación".

El remedio para tal tergiversación de Cristo por parte de los cristianos profesos sería entregar sus vidas, sus lenguas y su futuro por completo a Cristo, buscando Su control total. Él tomará posesión de lo que es Suyo. Él morará en el corazón humilde. Él dará a los más débiles la victoria que anhelan, porque "triunfaremos en Tu victoria". Camina en total dependencia de Él. Vive una vida de obediencia a Su voluntad revelada. "Todo lo que Él te mande, hazlo". "Obedecer es mejor que sacrificar". Siéntate a los pies de Jesucristo y aprende de Él. Él supera a todas las demás universidades juntas. Busca en Jesucristo la fe, la esperanza, el amor y la fuerza para vivir la vida cristiana. Él nunca se representa falsamente en ninguna vida, por lo tanto, permite que Cristo viva Su vida en ti, para que puedas decir verdaderamente con Pablo: "Ya no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí".

"Ríndanse a Dios, como aquellos que han resucitado de entre los muertos". Llenen sus corazones del Espíritu "Alégrense siempre en el Señor" "Oren sin cesar". Busquen la comunión con Cristo y su pueblo, pero huyan de los pecadores que los tentarían.

Recordad que hay una gran recompensa para los embajadores que representan verdaderamente a su Señor y su mensaje a los hombres, incluso frente a la oposición. Es nuestro deber, nuestra obligación, nuestro privilegio y nuestra responsabilidad hacerlo. "Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hacéis", dijo el Señor.